2. CICLO DE PILATO

A) EVANGELIO DE NICODEMO/ACTAS DE PILATO

Incluimos bajo el título general de *Ciclo de Pilato* una serie de escritos de diverso carácter y proveniencia que coinciden en dar un protagonismo especial a la figura del Procurador romano en los acontecimientos que atañen a la muerte y resurrección de Jesús. Este protagonismo es considerado de manera muy positiva —con una intención casi diríamos apologética— por una parte de estos escritos, especialmente los de origen oriental, mientras que otra, de proveniencia predominantemente occidental, acentúa la responsabilidad histórica de este personaje.

El «Evangelio de Nicodemo» comprende dos piezas literarias perfectamente distintas: una a la que propiamente corresponde el título de *Actas de Pilato* según la tradición griega y otra segunda a la que se ha venido en denominar *Descendimiento de Cristo a los infiernos* a falta de título original. De ambas ofrecemos a continuación la versión completa.

El título de «Evangelio de Nicodemo» no es original. Sólo aparece en algunos manuscritos latinos a partir del siglo X, y todo hace pensar que fue introducido al ser ensambladas las *Actas* y el *Descendimiento* —anteriormente independientes entre sí— en una sola narración apócrifa, cosa que muy bien pudo ocurrir en la época carolingia.

PARTE I («ACTA PILATI»)

Las *Actas de Pilato* constan de 16 capítulos en los que se describe el prendimiento y crucifixión de Jesús (c.1-11), así como los debates a que dio lugar el hecho de la resurrección entre las autoridades judías (c.12-16), con un fin claramente apologético: demostrar la divinidad de Cristo.

La antigüedad de este apócrifo ha sido y continúa siendo objeto de no pocas discusiones. No cabe duda de que, según el testimonio de San Justino en una de sus apologías escrita hacia el año 150

(*Apol.* 1,35), existían en el siglo II unas *Actas de Poncio Pilato,* de las que se sirvió este escritor para confirmar el hecho de la división de las vestiduras de Jesús entre los soldados después de la crucifixión, según narran los evangelios canónicos, y que figura también en las *actas* que han llegado hasta nosotros (v.c.X,1). Algo más tarde menciona Tertuliano en su *Apologeticum* (c.XXI), escrito hacia el año 200, una relación que hizo Pilato al césar Tiberio acerca de la pasión de Jesús. Esta *relación* parece, sin embargo, estar más en consonancia con alguna de las narraciones que incluimos a continuación en la rúbrica B) *Escritos complementarios* que en las actas que nos ocupan. Finalmente es seguro, según el testimonio de Eusebio de Cesarea (*Historia Ecclesiastica* I, 9,3.51), que hacia el año 311 o 312, bajo el imperio de Maximino Daza, circularon unas *Actas de Pilato* calumniosas en extremo para Jesús, que fueron inmediatamente rebatidas por otras *Actas* o *Memorias del Salvador,* de cuño cristiano, recordadas por Epifanio (*Haer.* L,1) hacia el año 376. Ecos de esta controversia parecen descubrirse en el c.II de las actas que nos ocupan, en que tan ampliamente se discute la acusación lanzada por los ancianos de los judíos contra Jesús de ser «hijo de fornicación».

Los testimonios aludidos no bastan naturalmente para identificar con certeza las actas de Pilato que han llegado hasta nosotros con las que existieron en el siglo II, pero hacen verosímil la hipótesis de que aquéllas bien pueden ser una reelaboración de éstas en el amplio sentido de la palabra. Que el origen de esta reelaboración no es posterior al siglo V viene además refrendado por la tradición manuscrita, alguno de cuyos testimonios —por ejemplo, el palimpsesto latino de Viena [Vindob. 563]— se remonta con toda probabilidad a esta época.

La lengua original de este escrito fue sin duda alguna la *griega,* a pesar de que en el prólogo —para reivindicar su antigüedad— se haga mención de la hebrea. Actualmente se conservan en numerosos manuscritos dos redacciones distintas del texto griego: una larga, de la que ofrecemos aquí la versión castellana, y otra breve, que parece haberse derivado de la primera, y, en consecuencia, resulta mucho menos interesante.

Además del texto original, se conservan numerosas versiones antiguas en diversas lenguas (latina, copta, siríaca, armenia, aramea, georgiana, eslava, etc.), que testifican la enorme difusión de las *Actas de Pilato* desde los tiempos más remotos.

PARTE II («DESCENSUS CHRISTI AD INFEROS»)

Consta este escrito de 11 capítulos en los que se intenta corroborar la verdad de la resurrección aduciendo el testimonio de dos hijos de Simeón (la versión latina les da los nombres de Leucio y Karino), quienes afirman haber resucitado juntamente con Jesús y describen la entrada triunfante de éste en los infiernos. Este tema está ya insinuado en diversas partes del Nuevo Testamento (por ejemplo, 1 Pe 3,18ss), pero aquí es desarrollado ampliamente con un colorido y un dramatismo que recuerda al *Evangelio de Bartolomé* que insertamos después.

Como insinuamos antes, el *Descensus* tuvo vida propia antes de ser añadido como segunda parte a las *Actas de Pilato* y constituir así en época posterior el «Evangelio de Nicodemo». Sobre su origen, sin embargo, bien poco sabemos. Son muchas las analogías que algunos de los temas aquí esbozados ofrecen con la literatura *gnóstica* y *apocalíptica* de los primeros siglos, sin que esto permita fijar una fecha concreta de composición. De lo que no cabe duda es del influjo enorme que ha ejercido este apócrifo en la iconografía oriental, debido a que su texto (o partes de él) fue utilizado como lectura obligada en la liturgia pascual.

Ofrecemos a continuación la traducción castellana de la única redacción griega que ha llegado hasta nosotros y la de la versión latina B (según Tischendorf), que —además de presentar características muy peculiares— fue el punto de partida para la difusión de esta narración apócrifa en Occidente.

Textos griegos y latinos: Tischendorf, 210-432; H. C. KIM, *The Gospel of Nicodemus* [cod. Einsidl. 326] (Toronto 1973); SANTOS OTERO, *Los evangelios...*, 388-465.

Bibliografía: M. VANDONI-T. ORLANDI, *Vangelo di Nicodemo,* I-II (Milán 1966); A. VAILLANT, *L'Évangile de Nicodème* (Ginebra-París 1968); S. BROCK, «A Fragment of the Acta Pilati in Christian Palestinian Aramaic»: *Journal of Theol. Studies* 22 (1971) 157ss; G. PHILIPPART, «Fragments palimpsestes latins du Vindobonensis 563»: *Analecta Bollandiana* 90 (1972) 391-411; W. SPEYER, «Neue Pilatus-Apokryphen»: *Vigiliae Christianae* 32 (1978) 53-59; McNamara, 68-69; Wilson, 337; Craveri, 299-377; Erbetta, I/2, 231-290; Moraldi, I, 519-537; Starowieyski, 420-460; Stegmüller-Reinhardt, 141-147; SANTOS OTERO, *Die handschriftliche...*, II, 61-98; F. SCHEIDWEILER, en *Schneemelcher,* I, 395-422; C. KURCIK'IDZE, *La version géorgienne du livre apocryphe de Nicodème* (Tiflis 1985); Geerard, 42-46.

ACTAS DE PILATO

PARTE I

MEMORIAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO COMPUESTAS EN TIEMPO DE PONCIO PILATO

Prólogo

Yo Ananías, protector, de rango pretoriano, legisperito, vine por medio de las divinas Escrituras en conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo y me acerqué a Él por la fe, y se me permitió recibir el santo bautismo; ahora bien, después de seguir la pista a las memorias relativas a Nuestro Señor Jesucristo que se hicieron en aquella época, y que los judíos dejaron en depósito a Poncio Pilato, las encontré escritas como estaban en hebreo, y con el beneplácito divino las traduje al griego, para conocimiento de todos los que invocan el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, durante el reinado de Flavio Teodosio, nuestro señor, en el año 17, y sexto de Flavio Valentino, en la indicción novena.

Todos, pues, cuantos leáis y trasladéis esto a otros libros, acordaos y pedid por mí para que el Señor sea piadoso conmigo y me perdone los pecados que he cometido contra él.

Paz a los lectores y a los oyentes y a sus servidores. Amén.

En el año decimoquinto del gobierno de Tiberio César, emperador de los romanos; en el año decimonono del gobierno de Herodes, rey de Galilea; en el día octavo de las calendas de abril, correspondiente al día 25 de marzo; durante el consulado de Rufo y Rubelión; en el año cuarto de la olimpiada 202; siendo a la sazón sumo sacerdote de los judíos José Caifás. Todo lo que narró Nicodemo a raíz del tormento de cruz y de la pasión del Señor, lo transmitió a los príncipes de los sacerdotes y a los demás judíos después de haberlo redactado él mismo en hebreo.

I

1. Después de haberse reunido en consejo los príncipes de los sacerdotes y los escribas, Anás y Caifás y Semes y Dothaim y Gamaliel, Judas, Leví y Neftalí, Alejandro y Jairo y los restantes de entre los judíos, se presentaron ante Pilato acusando a Jesús de muchas fechorías, diciendo: «Sabemos que éste es hijo de José el carpintero y que nació de María, y se llama a sí mismo hijo de Dios y rey; además profana el sábado y aun pretende abolir la ley de nuestros padres». Les dijo Pilato: «¿Y qué es lo que hace y lo que pretende abolir?» Dijeron los judíos: «Tenemos una ley que prohíbe curar a alguien en sábado; pues bien, éste, sirviéndose de malas artes, ha curado en sábado a cojos, jorobados, impedidos, ciegos, paralíticos, sordos y endemoniados». Les dijo Pilato: «¿Por qué clase de malas artes?» Ellos dijeron: «Es un mago; por virtud de Beelzebú, príncipe de los demonios, expulsa a éstos y todos se le someten». Les dijo Pilato: «Esto no es echar los demonios por virtud de un espíritu inmundo, sino por virtud del dios Esculapio».

2. Dijeron los judíos a Pilato: «Rogamos a tu majestad que sea presentado ante tu tribunal para que pueda ser oído». Les llamó entonces Pilato y les dijo: «Decidme vosotros a mí cómo yo, que soy un mero gobernador, voy a someter a interrogatorio a todo un rey». Ellos respondieron: «Nosotros no decimos que sea rey, sino que se da a sí mismo ese título». Pilato llamó entonces al mensajero para decirle: «Séame presentado aquí Jesús con toda deferencia». Salió, pues, el mensajero y, nada más identificarle, le adoró; cogió después el manto que llevaba en su mano y lo extendió en el suelo, diciendo: «Señor, pasa por encima y entra, que te llama el gobernador». Viendo los judíos lo que había hecho el mensajero, levantaron el grito contra Pilato, diciendo: «¿Por qué te has servido de un mensajero para hacerle entrar, y no de un simple pregonero? Sábete que el mensajero nada más verle le ha adorado y ha extendido su manto sobre el suelo, haciéndole caminar por encima como si fuera un rey».

3. Mas Pilato llamó al mensajero y le dijo: «¿Por qué has hecho esto y has extendido tu manto sobre el suelo, haciendo pasar por encima a Jesús?» Respondió el mensajero: «Señor gobernador, cuando me enviaste a Jerusalén al lado de Alejandro le vi sentado sobre un asno y los niños de los hebreos iban clamando con ramos en sus manos, mientras otros extendían sus vestiduras en el suelo diciendo:

Sálva[nos], tú que estás en las alturas; bendito el que viene en el nombre del Señor».

4. Los judíos entonces comenzaron a gritar y dijeron al mensajero: «Los muchachos hebreos clamaban en su lengua, ¿cómo, pues, te has enterado de su equivalencia en griego?» El mensajero les contestó: «Pregunté a uno de los judíos y le dije: ¿Qué es lo que gritan en hebreo? Y él me lo tradujo». Les dijo Pilato: «¿Cómo suena en hebreo lo que ellos decían a grandes voces?» Respondieron los judíos: «Hosanna membrome; baruchamma; adonai». Les dijo entonces Pilato: «¿Y qué significa hosanna y lo demás?» Respondieron los judíos: «Sálva[nos], tú que estás en las alturas; bendito el que viene en el nombre del Señor». Les dijo Pilato: «Si vosotros mismos dais testimonio de las voces que salieron de la boca de los muchachos, ¿en qué ha faltado el mensajero?» Ellos callaron. Dijo entonces el gobernador al mensajero: «Sal e introdúcele de la manera que te plazca». Salió, pues, el mensajero e hizo lo mismo que la vez anterior, diciendo a Jesús: «Señor, entra; el gobernador te llama».

5. Pero en el momento en que entraba Jesús, mientras los abanderados sostenían los estandartes, los bustos de éstos se inclinaron y adoraron a Jesús. Los judíos que vieron la actitud de los estandartes, cómo se habían inclinado y adorado a Jesús, comenzaron a gritar desaforadamente contra los abanderados. Mas Pilato les dijo: «¿No os causa admiración el ver cómo se han inclinado los bustos y han adorado a Jesús?» Respondieron los judíos a Pilato: «Nosotros mismos hemos visto cómo los abanderados los han inclinado y le han adorado». El gobernador llamó entonces a los abanderados y les dijo: «¿Por qué habéis obrado así?» Ellos respondieron a Pilato: «Nosotros somos griegos y servidores de las divinidades, ¿cómo, pues, íbamos a adorarle? Sábete que, mientras estábamos sosteniendo los bustos, éstos por sí mismos se inclinaron y le adoraron».

6. Dijo entonces Pilato a los archisinagogos y ancianos del pueblo: «Escoged vosotros mismos unos cuantos varones forzudos y robustos; que ellos sostengan los estandartes y veamos si éstos se inclinan por sí mismos». Tomaron, pues, los ancianos de los judíos doce hombres forzudos y robustos, a quienes obligaron a sostener los estandartes en grupos de seis, y quedaron en pie ante el tribunal del gobernador. Dijo entonces Pilato al mensajero: «Sácale fuera del pretorio e introdúcele de nuevo de la manera que te plazca». Y salió Jesús del pretorio acompañado del mensajero. Llamó entonces Pilato a los que anteriormente sostenían los bustos y les dijo: «He jura-

do por la salud del César que, si no se doblegan los estandartes a la entrada de Jesús, os cortaré las cabezas». Y ordenó de nuevo el gobernador que entrara Jesús. El mensajero observó la misma conducta que al principio y rogó encarecidamente a Jesús que pasara por encima de su manto. Y caminó sobre él y penetró dentro. Mas en el momento de entrar se doblegaron de nuevo los estandartes y adoraron a Jesús.

II

1. Cuando vio esto Pilato, se llenó de miedo y se dispuso a dejar el tribunal. Pero, mientras estaba aún pensando en levantarse, su mujer le envió esta misiva: «No te metas para nada con ese justo, pues durante la noche he sufrido mucho por su causa». Pilato entonces llamó a todos los judíos y les dijo: «¿Sabéis que mi mujer es piadosa y que propende más bien a secundaros en vuestras costumbres judías?» Ellos dijeron: «Sí; lo sabemos». Les dijo Pilato: «Pues bien, mi mujer acaba de enviarme este recado: No te metas para nada con ese justo, pues durante la noche he sufrido mucho por su causa». Pero los judíos respondieron a Pilato diciendo: «¿No te hemos dicho que es un mago? Sin duda ha enviado un sueño quimérico a tu mujer».

2. Pilato llamó entonces a Jesús y le dijo: «¿Cómo es que éstos dan testimonio contra ti? ¿No dices nada?» Jesús respondió: «Si no tuvieran poder para ello, nada dirían, pues cada uno es dueño de su boca para hablar cosas buenas y malas; ellos verán».

3. Mas los ancianos de los judíos respondieron diciendo a Jesús: «¿Qué es lo que nosotros vamos a ver? Primero, que tú has venido al mundo por fornicación; segundo, que tu nacimiento en Belén trajo como consecuencia una matanza de niños; tercero, que tu padre José y tu madre María huyeron a Egipto por encontrarse cohibidos entre el pueblo».

4. Dijeron entonces algunos de los allí presentes, que eran judíos piadosos: «Nosotros no estamos conformes con que ha nacido de fornicación, sino que sabemos que José se desposó con María y que no ha sido engendrado fornicariamente». Dijo Pilato a los judíos que afirmaban su origen fornicario: «No es verdad esto que decís, puesto que se celebraron los esponsales, según vuestros mismos compatriotas afirman». Dijeron entonces Anás y Caifás a Pilato:

«Todos en masa estamos dando voces y no se nos cree el que haya nacido de fornicación; éstos son prosélitos y discípulos suyos». Llamó Pilato a Anás y a Caifás y les dijo: «¿Qué significa la palabra *prosélitos?»* Ellos respondieron: «Que nacieron de padres griegos y ahora se han hecho judíos». A lo que repusieron los que afirmaban que [Jesús] no había nacido de fornicación (esto es: Lázaro, Asterio, Antonio, Santiago, Amnes, Zeras, Samuel, Isaac, Finees, Crispo, Agripa y Judas): «Nosotros no hemos nacido prosélitos, sino que somos hijos de judíos, y decimos la verdad, pues nos encontramos presentes en los esponsales de José y de María».

5. Llamó Pilato a estos doce que afirmaban no haber nacido [Jesús] de fornicación, y les dijo: «Os conjuro por la salud del César, decidme, ¿es verdad lo que habéis afirmado, que no ha nacido de fornicación?» Ellos respondieron: «Nosotros tenemos una ley que prohíbe jurar, porque es pecado; deja que éstos juren por la salud del César que no es verdad lo que acabamos de decir, y somos reos de muerte». Dijo entonces Pilato a Anás y Caifás: «¿Nada respondéis a esto?» Ellos replicaron: «Tú das crédito a estos doce que afirman el nacimiento legítimo [de Jesús]; mientras tanto, todos en masa estamos diciendo a voces que es hijo de fornicación, que es mago y que se llama a sí mismo Hijo de Dios».

6. Mandó entonces Pilato que saliera toda la multitud, exceptuados los doce que negaban el origen fornicario, y ordenó que Jesús fuera separado. Después les dijo: «¿Por qué razón quieren darle muerte?» Ellos respondieron: «Le tienen envidia porque cura en sábado». A lo que replicó Pilato: «¿Y por una obra buena quieren matarle?»

III

1. Y, lleno de ira, salió fuera del pretorio y les dijo: «Pongo por testigo al sol de que no encuentro culpa alguna en este hombre». Respondieron los judíos y dijeron al gobernador: «Si no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado». Y dijo Pilato: «Tomadle vosotros y juzgadle según vuestras leyes». Dijeron entonces los judíos a Pilato: «A nosotros no nos está permitido matar a nadie». A lo que repuso Pilato: «A vosotros sí que os prohibió Dios matar, pero ¿y a mí?»

2. Y, entrando de nuevo Pilato en el pretorio, llamó a Jesús por separado y le dijo: «¿Tú eres el rey de los judíos?» Respondió Jesús: «¿Dices esto por cuenta propia o te lo han dicho otros acerca de

mí?» Pilato replicó: «¿Pero es que soy yo acaso también judío? Tu pueblo y los pontífices te han puesto en mis manos, ¿qué es lo que has hecho?» Respondió Jesús: «Mi reino no es de este mundo, pues, de lo contrario, mis servidores hubieran luchado para que no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí». Dijo entonces Pilato: «¿Luego tú eres rey?» Respondió Jesús: «Tú dices que yo soy rey; pues para esto he nacido y he venido al mundo, para que todo el que es de la verdad oiga mi voz». Le dijo Pilato: «¿Qué es la verdad?» Respondió Jesús: «La verdad proviene del cielo». Dijo Pilato: «¿No hay verdad sobre la tierra?» Y respondió Jesús a Pilato: «Estás viendo cómo son juzgados los que dicen la verdad por los que ejercen el poder sobre la tierra».

IV

1. Y, dejando a Jesús en el interior del pretorio, salió Pilato hacia los judíos y les dijo: «Yo no encuentro culpa alguna en él». Replicaron los judíos: «Éste ha dicho: Yo soy capaz de destruir este templo y reedificarlo en tres días». Dijo Pilato: «¿Qué templo?» Respondieron los judíos: «Aquel que edificó Salomón en cuarenta y seis años, éste dice que lo va a destruir y reedificar en el término de tres días». Dijo Pilato: «Soy inocente de la sangre de este justo; vosotros veréis». Y dijeron los judíos: «Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

2. Pilato entonces llamó a los ancianos, a los sacerdotes y a los levitas y les dijo en secreto: «No obréis así, pues ninguna de vuestras acusaciones merece la muerte, ya que éstas se refieren a las curaciones y a la profanación del sábado». Respondieron los ancianos, sacerdotes y levitas: «Si uno blasfema contra el César, ¿es digno de la muerte o no?» Les dijo Pilato: «Digno es de la muerte». Dijeron los judíos: «Pues si uno por blasfemar contra el César es digno de la muerte, sábete que éste ha blasfemado contra Dios».

3. Mandó después el gobernador que salieran los judíos del pretorio, y, llamando a Jesús, le dijo: «¿Qué voy a hacer contigo?» Respondió Jesús: «Obra como te ha sido dado». Dijo Pilato: «¿Y cómo me ha sido dado?» Respondió Jesús: «Moisés y los profetas hablaron acerca de mi muerte y de mi resurrección». Los judíos y los oyentes preguntaron entonces a Pilato diciendo: «¿Para qué has de seguir oyendo esta blasfemia?» Respondió Pilato: «Si estas palabras son

blasfemas, prendedle vosotros por blasfemia, llevadle a vuestra sinagoga y juzgadle según vuestra ley». Replicaron los judíos: «Está escrito en nuestra ley que, si un hombre peca contra otro hombre, merece recibir cuarenta azotes menos uno; pero que, si uno blasfema contra Dios, debe ser lapidado».

4. Les dijo Pilato: «Tomadle por vuestra cuenta y castigadle como queráis». Replicaron los judíos: «Nosotros queremos que sea crucificado». Repuso Pilato: «No merece la crucifixión».

5. Echó entonces el gobernador una mirada en derredor suyo sobre las turbas de judíos que estaban presentes, y, al ver que muchos lloraban, exclamó: «No toda la multitud quiere que muera». Dijeron los ancianos de los judíos: «Para esto hemos venido todos en masa, para que muera». Les preguntó Pilato: «¿Y por qué va a morir?» Respondieron los judíos: «Porque se llamó a sí mismo Hijo de Dios y rey».

V

1. Mas cierto judío por nombre Nicodemo se puso ante el gobernador y le dijo: «Te ruego, bondadoso como eres, me permitas decir unas palabras». Respondió Pilato: «Habla». Y dijo Nicodemo: «Yo he hablado en estos términos a los ancianos, a los levitas y a la multitud entera de Israel reunida en la sinagoga: ¿Qué pretendéis hacer con este hombre? Él obra muchos milagros y portentos que ningún otro fue ni será capaz de hacer. Dejadle en paz y no maquinéis nada contra él: si sus prodigios tienen origen divino, permanecerán firmes; pero si tienen origen humano se disiparán. Pues también Moisés, cuando fue enviado de parte de Dios a Egipto, hizo muchos prodigios, señalados previamente por Dios, en presencia del Faraón, rey de Egipto. Y estaban allí unos hombres al servicio del Faraón, Jamnes y Jambres, quienes obraron a su vez no pocos prodigios como los de Moisés, y los habitantes de Egipto tenían por dioses a Jamnes y a Jambres. Mas, como sus prodigios no provenían de Dios, perecieron ellos y los que les daban crédito. Y ahora dejad libre a este hombre, pues no es digno de muerte».

2. Dijeron entonces los judíos a Nicodemo: «Tú te has hecho discípulo suyo y así hablas en su favor». Les dijo Nicodemo: «Pero ¿es que también el gobernador se ha hecho discípulo suyo y habla en su defensa? ¿No le ha puesto el César en esta dignidad?» Estaban

los judíos rabiosos y hacían rechinar sus dientes contra Nicodemo. Les dijo Pilato: «¿Por qué hacéis crujir vuestros dientes contra él al oír la verdad?» Dijeron los judíos a Nicodemo: «Para ti su verdad y su parte». Dijo Nicodemo: «Amén, amén; sea para mí como habéis dicho».

VI

1. Mas uno de los judíos se adelantó y pidió la palabra al gobernador. Éste le dijo: «Si algo quieres decir, dilo». Y el judío habló así: «Yo estuve treinta y ocho años echado en una litera, lleno de dolores. Cuando vino Jesús, muchos que estaban endemoniados y sujetos a diversas enfermedades fueron curados por Él. Entonces se compadecieron de mí unos jóvenes y, cogiéndome con litera y todo, me llevaron hasta Él. Jesús, al verme, se compadeció de mí y me dijo: Toma tu camilla y anda. Y tomé mi camilla y me puse a andar». Dijeron entonces los judíos a Pilato: «Pregúntale qué día era cuando fue curado». Y dijo el interesado: «Era en sábado». Dijeron los judíos: «¿No te habíamos informado ya de que curaba en sábado y echaba demonios?»

2. Otro judío se adelantó y dijo: «Yo era ciego de nacimiento, oía voces, pero no veía a nadie, y, al pasar Jesús, grité a grandes voces: Hijo de David, apiádate de mí. Y se compadeció de mí, impuso sus manos sobre mis ojos y recobré en seguida la vista». Y otro judío se adelantó y dijo: «Estaba encorvado y me enderezó con una palabra». Y otro dijo: «Había contraído la lepra y me curó con una palabra».

VII

Y cierta mujer llamada Bernice (Verónica) empezó a gritar desde lejos, diciendo: «Encontrándome enferma con flujo de sangre, toqué la fimbria de su manto y cesó la hemorragia, que había tenido doce años consecutivos». Dijeron los judíos: «Hay un precepto que prohíbe presentar como testigo a una mujer».

VIII

Y algunos otros, multitud de varones y de mujeres, gritaban diciendo: «Este hombre es profeta y los demonios se le someten».

Dijo Pilato a los que esto afirmaban: «¿Por qué no se le han sometido también vuestros maestros?» Ellos respondieron: «No sabemos». Otros afirmaron que había resucitado del sepulcro a Lázaro, difunto de cuatro días. Lleno entonces de miedo el gobernador, dijo a toda la multitud de judíos: «¿Por qué os empeñáis en derramar sangre inocente?»

IX

1. Y después de llamar a Nicodemo y a aquellos doce varones que afirmaban el origen limpio [de Jesús], les dijo: «¿Qué debo hacer, pues se está fraguando un alboroto entre el pueblo?» Le dijeron: «Nosotros no sabemos; ellos verán». Convocó de nuevo Pilato a toda la multitud de judíos y les dijo: «Sabéis que tengo la costumbre de soltar un encarcelado en la fiesta de los Ázimos. Pues bien, está preso en la cárcel y condenado un asesino llamado Barrabás, y tengo además a este Jesús que está en vuestra presencia, contra el cual no encuentro culpa alguna. ¿A quién queréis que os suelte? Ellos gritaron: «A Barrabás». Les dijo Pilato: «¿Qué haré, pues, de Jesús, el llamado Cristo?» Respondieron los judíos: «¡Sea crucificado!» Y algunos de entre ellos dijeron: «No eres amigo del César si sueltas a éste, porque se ha llamado a sí mismo Hijo de Dios y rey; según esto, quieres a éste por rey y no al César».

2. Pilato entonces, encolerizado, dijo a los judíos: «Vuestra raza es revoltosa por naturaleza y hacéis frente a vuestros bienhechores». Dijeron los judíos: «¿A qué bienhechores?» Respondió Pilato: «Vuestro Dios os sacó de Egipto, librándoos de una cruel esclavitud; os mantuvo incólumes a través del mar como a través de la tierra, os alimentó con maná en el desierto y os dio codornices, os abrevó con agua sacada de una roca y os dio una ley, y, después de todo esto, vosotros encolerizasteis a vuestro Dios, fuisteis tras un becerro fundido, exasperasteis a vuestro Dios y Él se disponía a exterminaros; pero intercedió Moisés por vosotros y no fuisteis entregados a la muerte. Y ahora me denunciáis a mí por odiar al emperador».

3. Y, levantándose del tribunal, se disponía a salir. Pero empezaron a gritar los judíos, diciendo: «Nosotros reconocemos por rey al César y no a Jesús. Pues, además, los magos vinieron a ofrecerle dones traídos del Oriente como a [su] rey; y cuando Herodes se enteró por estos personajes de que había nacido un rey, intentó acabar con

él. Pero vino en conocimiento de ello su padre José y le tomó juntamente con su madre y huyeron todos a Egipto. Y cuando se enteró de esto Herodes, exterminó a los niños de los hebreos que habían nacido en Belén».

4. Cuando Pilato oyó estas palabras, temió, y después de imponer silencio a las turbas, pues estaban gritando, les dijo: «¿De manera que es éste aquel a quien Herodes buscaba?» Respondieron los judíos: «Sí, éste es». Entonces tomó agua Pilato y lavó sus manos cara al sol, diciendo: «Soy inocente de la sangre de este justo; vosotros veréis». Y de nuevo comenzaron a gritar los judíos: «Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

5. Entonces mandó Pilato que fuera corrido el velo del tribunal donde estaba sentado y dijo a Jesús: «Tu pueblo te ha desmentido como rey. Por eso he decretado que en primer lugar seas flagelado, de acuerdo con la antigua costumbre de los reyes piadosos, y que después seas colgado de la cruz en el huerto donde fuiste apresado. Y Dimas y Gestas, ambos malhechores, serán crucificados juntamente contigo».

X

1. Salió, pues, Jesús del pretorio, acompañado de los dos malhechores. Y, en llegando al lugar convenido, le despojaron de sus vestiduras, le ciñeron un lienzo y le pusieron alrededor de las sienes una corona de espinas. A los dos malhechores les colgaron de manera semejante. Mientras tanto, Jesús decía: «Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen». Y se repartieron los soldados sus vestiduras, y todo el pueblo estaba de pie contemplándolo. Y se burlaban de Él los pontífices, lo mismo que los jefes, diciendo: «A otros salvó; sálvese, pues, a sí mismo; si éste es Hijo de Dios, que baje de la cruz». Los soldados, a su vez, se acercaban haciéndole burla y ofreciéndole vinagre mezclado con hiel, mientras decían: «Tú eres el rey de los judíos; sálvate a ti mismo». Y, después de proferir la sentencia, mandó [el gobernador] que a manera de título se escribiera encima [de la cruz] su acusación en griego, latín y hebreo, de acuerdo con lo que habían dicho los judíos: «Es rey de los judíos».

2. Y uno de aquellos ladrones que habían sido colgados le dijo así: «Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros». Mas Dimas, por respuesta, le increpaba diciendo: «¿Tú no temes para nada

a Dios, aun estando en la misma condenación? Y a nosotros ciertamente bien nos está, pues recibimos la justa recompensa de nuestras obras; pero éste nada de malo ha hecho». Y decía: «Acuérdate de mí, Señor, en tu reino». Y le dijo Jesús: «En verdad, en verdad te digo que hoy vas a estar conmigo en el paraíso».

XI

1. Era como la hora de sexta, cuando se cernieron las tinieblas sobre la tierra hasta la hora de nona por haberse oscurecido el sol; y el velo del templo se rasgó por la mitad. Jesús entonces dio una gran voz y dijo: «Padre, baddach efkid ruel», que significa: «En tus manos encomiendo mi espíritu». Y, en diciendo esto, entregó su alma. Al ver el centurión lo ocurrido, alabó a Dios diciendo: «Este hombre era justo». Y todas las turbas que asistían al espectáculo, al contemplar lo ocurrido, se volvían golpeándose el pecho.

2. El centurión, por su parte, refirió al gobernador lo acaecido. Éste, al oírlo, se contristó, lo mismo que su mujer, y ambos pasaron todo aquel día sin comer ni beber. Después Pilato hizo llamar a los judíos y les dijo: «¿Habéis visto lo que ha ocurrido?» Mas ellos respondieron: «Ha sido un simple eclipse de sol, como de ordinario».

3. Mientras tanto, sus conocidos estaban a lo lejos; y las mujeres que le habían acompañado desde Galilea estaban contemplando todo esto. Mas había un hombre llamado José, senador, oriundo de Arimatea, el cual esperaba el reino de Dios. Éste, pues, se acercó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Después fue a descolgar el cadáver, lo envolvió en una sábana limpia y lo depositó en un sepulcro tallado en piedra que estaba aún sin estrenar.

XII

1. Cuando los judíos oyeron decir que José había pedido el cuerpo de Jesús, comenzaron a buscarle a él, así como también a aquellos que habían declarado que Jesús no había nacido de fornicación, a Nicodemo y a muchos otros que se habían presentado ante Pilato para dar a conocer sus buenas obras. Y, habiéndose escondido todos, sólo apareció Nicodemo, porque era varón principal entre los judíos. Les dijo, pues, Nicodemo: «¿Cómo habéis entrado en la sina-

goga?» Respondieron los judíos: «¿Y tú? ¿Cómo has entrado en la sinagoga? Puesto que eres su cómplice, sea también su parte contigo en el siglo venidero». Y dijo Nicodemo: «Sea así, sea así». José, a su vez, se presentó de manera parecida y les dijo: «¿Por qué os habéis apesadumbrado contra mí por haber reclamado el cuerpo de Jesús? Pues sabed que lo he depositado en mi sepulcro nuevo, después de haberlo envuelto en una sábana blanca, y que he hecho correr la piedra sobre la entrada de la gruta. Mas vosotros no os portasteis bien con el justo aquel, puesto que, no contentos con crucificarle, le traspasasteis también con una lanza». Los judíos entonces detuvieron a José y mandaron que fuera puesto a buen recaudo hasta el primer día de la semana. Después le dijeron: «Bien sabes que lo avanzado de la hora no nos permite hacer nada contra ti, pues el sábado está ya amaneciendo; pero sábete que ni siquiera se te hará la gracia de darte sepultura, sino que expondremos tu cuerpo a las aves del cielo». Repuso José: «Esta manera de hablar es la del soberbio Goliat, que injurió al Dios vivo y al santo David. Pues dijo el Señor por medio del profeta: A mí me corresponde la venganza y yo retribuiré, dice el Señor. Y poco ha, uno que es incircunciso según la carne, pero circunciso de corazón, tomó agua, se lavó las manos cara al sol y dijo: Soy inocente de la sangre de este justo; vosotros veréis. Mas vosotros respondisteis a Pilato: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Ahora, pues, temo no vaya a venir la ira del Señor sobre vosotros y sobre vuestros hijos, como dijisteis». Al oír los judíos estas palabras, se llenaron de rabia en su corazón, y, después de echar mano a José, lo detuvieron y encerraron en una casa donde no había ventana alguna; después sellaron la puerta tras la que estaba encerrado José y quedaron junto a ella unos guardianes.

2. Y el sábado dieron una disposición los archisinagogos, los sacerdotes y los levitas para que al día siguiente se encontraran todos en la sinagoga. Y, muy de madrugada, la multitud entera se puso a deliberar qué clase de muerte habían de darle. Y estando sentado el consejo, ordenaron que se le hiciera comparecer con gran deshonor. Y abrieron la puerta, mas no lo encontraron. Quedó, pues, el pueblo fuera de sí y se llenaron de admiración al encontrar los sellos intactos [y ver] que la llave estaba en poder de Caifás. Con lo cual no se atrevieron a poner sus manos sobre los que habían hablado ante Pilato en defensa de Jesús.

XIII

1. Y mientras estaban aún sentados en la sinagoga, llenos de admiración por lo de José, vinieron algunos de los guardianes, aquellos a quienes habían encomendado los judíos de parte de Pilato la custodia del sepulcro de Jesús, no fuera que vinieran sus discípulos y le sustrajeran. Y fueron a dar cuenta a los archisinagogos, a los sacerdotes y a los levitas diciéndoles lo sucedido; esto es, cómo «sobrevino un terremoto y vimos un ángel que bajaba del cielo, el cual retiró la piedra de la boca de la gruta, sentándose después sobre ella. Y brilló como nieve y como relámpago. Con lo que nosotros, llenos de miedo, quedamos como muertos. Entonces oímos la voz del ángel que hablaba a las mujeres que se encontraban junto al sepulcro: No tengáis miedo, pues sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí; resucitó como había dicho; venid, ved el lugar donde yacía el Señor. Y ahora id rápidamente y decid a sus discípulos que resucitó de entre los muertos y que está en Galilea».

2. Dijeron entonces los judíos: «¿A qué mujeres hablaba?» Respondieron los de la guardia: «No sabemos quiénes eran». Dijeron los judíos: «¿A qué hora tenía esto lugar?» Respondieron los de la guardia: «A medianoche». Dijeron los judíos: «¿Y por qué no las detuvisteis?» Respondieron los de la guardia: «Quedamos como muertos por el miedo, no esperando poder ver la luz del día, ¿cómo íbamos a echarles mano?» Dijeron los judíos: «Vive Dios que no os damos fe». Replicaron entonces los de la guardia: «Tantas señales visteis en aquel hombre y no le creísteis, ¿cómo vais a darnos crédito a nosotros? Y con razón habéis jurado por la vida del Señor, pues Él vive también». Y añadieron los de la guardia: «Hemos oído decir que encerrasteis a aquel que reclamó el cuerpo de Jesús, sellando la puerta, y que al abrir no le habéis encontrado. Entregad, pues, vosotros a José, y nosotros entregaremos a Jesús». Dijeron los judíos: «José marchó a su ciudad». Y replicaron los de la guardia: «También Jesús resucitó, como hemos oído al ángel, y está en Galilea».

3. Y al oír los judíos estas palabras cobraron miedo y dijeron: «No vaya a ser que esto se propague y todos se inclinen ante Jesús». Y, convocado el consejo, hicieron un depósito de mucho dinero, y se lo dieron a los soldados, diciendo: «Decid: Mientras nosotros dormíamos vinieron sus discípulos de noche y se lo llevaron. Y si esto llega a oídos del gobernador, nosotros le persuadiremos y os librare-

mos de toda responsabilidad». Ellos lo cogieron y hablaron de la manera que se les había indicado.

XIV

1. Mas un sacerdote llamado Finees, Adas, doctor, y Ageo, levita, bajaron de Galilea a Jerusalén y contaron a los archisinagogos, a los sacerdotes y a los levitas: «Hemos visto a Jesús en compañía de sus discípulos sentado en el monte llamado Mamilch, y decía a éstos: Id por todo el mundo y predicad a toda criatura; el que crea y sea bautizado, se salvará; pero el que no crea, será condenado. Y a los que hubieren creído les acompañarán estas señales: arrojarán demonios en mi nombre; hablarán en lenguas nuevas; cogerán serpientes; y, aunque bebieren alguna cosa capaz de producir la muerte, no les dañará; impondrán sus manos sobre los enfermos y éstos se sentirán bien. Y, cuando aún les estaba hablando, vimos que se iba elevando al cielo».

2. Dijeron los ancianos, los sacerdotes y los levitas: «Glorificad y confesad al Dios de Israel si es que habéis oído y visto lo que acabáis de decir». Dijeron los que habían hablado: «Vive el Señor Dios de nuestros padres Abrahán, Isaac y Jacob, que oímos esto y que le vimos al ser asumido al cielo». Dijeron los ancianos, los sacerdotes y los levitas: «¿Habéis venido a darnos cuenta de todo esto o a cumplir algún voto hecho a Dios?» Ellos respondieron: «A cumplir un voto hecho a Dios». Replicaron entonces los ancianos, los pontífices y los levitas: «Si habéis venido a cumplir un voto a Dios, ¿a qué vienen estas patrañas que habéis contado ante todo el pueblo?» Dijeron Finees, sacerdote; Adas, doctor, y Ageo, levita, a los archisinagogos y levitas: «Si estas palabras que hemos dicho, y de las que hemos sido testigos oculares, constituyen un pecado, aquí nos tenéis en presencia vuestra; haced con nosotros lo que parezca bueno ante vuestros ojos». Entonces ellos tomaron el libro de la ley y les hicieron jurar que no referirían a nadie estas cosas. Después les dieron de comer y de beber y les sacaron de la ciudad, no sin antes haberles provisto de dinero y haberles dado tres hombres que les acompañaran, quienes les reintegraron hasta los confines de Galilea. Y se marcharon en paz.

3. Y después de que se marcharon aquellos hombres a Galilea, se reunieron los pontífices, los archisinagogos y los ancianos en la

sinagoga, cerrando tras de sí la puerta, y daban grandes muestras de dolor, diciendo: «¿Es posible que haya tenido lugar este portento en Israel?» Entonces Anás y Caifás dijeron: «¿Por qué estáis alborotados? ¿Por qué lloráis? ¿O es que no sabéis que sus discípulos les han comprado con una buena cantidad de oro y les han dado instrucciones para que digan que un ángel del Señor ha bajado y ha removido la piedra de la entrada del sepulcro?» Mas los sacerdotes y ancianos dijeron: «Pase que los discípulos robaran su cuerpo; pero ¿cómo entró su alma en el cuerpo y está viviendo en Galilea?» Y ellos, en la imposibilidad de dar respuesta a estas cosas, dijeron por fin a duras penas: «No nos está permitido a nosotros dar crédito a unos incircuncisos».

XV

1. Mas se levantó Nicodemo y se puso de pie ante el consejo, diciendo: «Rectamente habláis. No desconocéis, ¡oh pueblo del Señor!, a los varones que han bajado de Galilea, hombres de recursos, temerosos de Dios, enemigos de la avaricia, amigos de la paz. Pues bien, ellos han dicho bajo juramento que han visto a Jesús en el monte Mamilch en compañía de sus discípulos, que estaba enseñando cuantas cosas habéis podido oír de su boca y que le han visto en el momento de ser asumido al cielo. Y nadie les preguntó en qué forma fue asumido. Pues, como nos enseñaba a nosotros, estaba contenido en el libro de las Sagradas Escrituras que Elías fue asumido al cielo y que Eliseo gritó fuertemente, con lo que Elías arrojó su capa sobre el Jordán, y así [Eliseo] pudo atravesar el río y llegar hasta Jericó. Salieron entonces a su encuentro los hijos de los profetas y le dijeron: Eliseo, ¿dónde está Elías, tu señor? Él respondió que había sido asumido al cielo. Y ellos dijeron a Eliseo: ¿No le habrá arrebatado el espíritu y lo habrá arrojado sobre alguno de los montes? Tomemos nuestros criados con nosotros y vayamos en su busca. Y convencieron a Eliseo, quien se marchó con ellos. Y anduvieron buscándole tres días enteros, sin encontrarle, por lo que conocieron que había sido asumido. Y ahora hacedme caso: enviemos una expedición por todos los confines de Israel y veamos si por ventura Cristo ha sido asumido por un espíritu y ha sido arrojado después en uno de estos montes». Agradó a todos esta proposición y enviaron una expedición por todos los confines de Israel en busca de Jesús y

no dieron con Él. A quien encontraron fue a José de Arimatea, pero nadie se atrevió a detenerle.

2. Y fueron a dar cuenta a los ancianos y a los sacerdotes y a los levitas, diciendo: «Hemos dado la vuelta por todos los confines de Israel y no hemos hallado a Jesús, pero sí que hemos encontrado a José en Arimatea». En oyendo hablar de José, los archisinagogos, los sacerdotes y los levitas se llenaron de alegría, dieron gloria a Dios y se pusieron a deliberar de qué manera podrían entrevistarse con José. Y tomaron un rollo de papel, en el que escribieron así a José: «La paz sea contigo; sabemos que hemos pecado contra Dios y contra ti. Y hemos rogado al Dios de Israel que te permita venir al encuentro de tus padres y de tus hijos. Pues sábete que todos nos hemos llenado de aflicción por no encontrarte al abrir la puerta. Y ahora nos damos cuenta de que habíamos tomado una perversa determinación contra ti; pero el Señor ha venido en tu ayuda y Él mismo se ha encargado de disipar nuestro mal propósito, honorable padre José».

3. Y escogieron de entre todo Israel siete varones amigos de José, a quienes éste mismo conocía, y les dijeron los archisinagogos, sacerdotes y levitas: «Mirad, si al recibir nuestra carta la leyere, sabed que vendrá en vuestra compañía hacia nosotros; pero, si no la leyere, entended que está molesto con nosotros, y, después de darle un ósculo de paz, volveos acá». Luego bendijeron a los emisarios y les despidieron. Llegaron, pues, éstos al lugar donde estaba José, y, haciéndole una reverencia, le dijeron: «La paz sea contigo». Y él dijo a su vez: «Paz a vosotros y a todo el pueblo de Israel». Ellos entonces le entregaron el volumen de la carta. José lo aceptó, lo leyó, besó la carta y bendijo a Dios, diciendo: «Bendito el Señor Dios, que ha librado a Israel de derramar sangre inocente, y bendito el Señor, que envió a su ángel y me cubrió bajo sus alas». Después preparó la mesa y ellos comieron, bebieron y durmieron allí.

4. Al día siguiente se levantaron muy temprano e hicieron oración. Después aparejó su asna José y se puso en camino acompañado de aquellos hombres y vinieron a la ciudad santa de Jerusalén. Y el pueblo en masa salió al encuentro de José, gritando: «Entra en paz». Él dijo dirigiéndose a todo el pueblo: «Paz a vosotros». Y ellos le dieron un ósculo, poniéndose después en oración juntamente con José. Y quedaron todos fuera de sí al poder contemplar a éste. Nicodemo le hospedó en su casa e hizo en su honor una gran recepción, invitando a Anás, a Caifás, a los ancianos, a los sacerdotes y a los le-

vitas. Y se alegraron comiendo y bebiendo en compañía de José; y, después de entonar himnos, cada cual se fue a su casa. Mas José permaneció con Nicodemo.

5. Pero al día siguiente, que era viernes, madrugaron los archisinagogos, sacerdotes y levitas para ir a casa de Nicodemo. Éste les salió al encuentro y les dijo: «Paz a vosotros». Y ellos dijeron a su vez: «Paz a ti y a José, a toda tu casa y a toda la casa de José». Entonces él les introdujo en su domicilio. Estaba reunido el consejo en pleno, y José vino a sentarse en medio de Anás y de Caifás. Y nadie se atrevió a decirle una palabra. Entonces José dijo: «¿A qué obedece el que me hayáis convocado?» Ellos hicieron señas a Nicodemo para que hablara a José. Él entonces abrió su boca y le habló así: «Sabes que los venerables doctores, así como los sacerdotes y levitas, desean saber de ti una cosa». Y José dijo: «Preguntad». Entonces Anás y Caifás tomaron el libro de la ley y conjuraron a José, diciéndole: «Glorifica y confiesa al Dios de Israel. Sábete que Achar, al ser conjurado por el profeta Jesús, no perjuró, sino que le anunció todo y no le ocultó una sola palabra. Tú, pues, tampoco nos ocultes a nosotros ni una palabra». Y dijo José: «No os ocultaré una sola palabra». Entonces ellos le dijeron: «Experimentamos una gran contrariedad cuando pediste el cuerpo de Jesús y lo envolviste en una sábana limpia y lo pusiste en el sepulcro. Por esto te pusimos a buen recaudo en un recinto donde no había ventana alguna. Dejamos, además, selladas las puertas y cerradas con llave y quedaron unos guardianes custodiando [la prisión] donde estabas encerrado. Pero, cuando fuimos a abrir, el primer día de la semana, no te encontramos y nos afligimos en extremo y ha ido cundiendo el espanto sobre todo el pueblo de Dios hasta ayer. Ahora, pues, cuéntanos qué ha sido de ti».

6. Y dijo José: «El viernes, sobre la hora décima, me encerrasteis, y permanecí allí el sábado entero. Pero a medianoche, mientras estaba yo de pie en oración, la casa donde me dejasteis encerrado quedó suspendida de los cuatro ángulos y vi como un relámpago de luz ante mis ojos. Atemorizado entonces, caí en tierra. Pero alguien me tomó de la mano y me levantó del sitio donde había caído. Después sentí que se derramaba agua sobre mí desde la cabeza hasta los pies y vino a mis narices una fragancia de ungüento. Y aquel personaje desconocido me enjugó la cara, me dio un ósculo y me dijo: No temas, José; abre tus ojos y mira quién es el que te está hablando. Levantando entonces mis ojos, vi a Jesús; pero en mi estremeci-

miento supuse que era un fantasma y me puse a recitar los mandamientos. Y él se puso a recitarlos juntamente conmigo. Como sabéis muy bien, si un fantasma os sale al encuentro y oye los mandamientos, huye rápidamente. Viendo, pues, que los recitaba juntamente conmigo, le dije: Maestro Elías. Mas él me dijo: No soy Elías. Dije yo entonces: ¿Quién eres, pues, Señor? Él me dijo: Yo soy Jesús; aquel cuyo cuerpo tú pediste a Pilato, y me envolviste en una sábana limpia, y pusiste un sudario sobre mi cabeza, y me colocaste en tu gruta nueva, y corriste una gran piedra a la boca de ésta. Y dije al que me hablaba: Muéstrame el lugar donde te coloqué. Y él me llevó y me enseñó el lugar donde yo le había colocado, en el que estaba tendida la sábana y el sudario que había servido para su rostro. Entonces reconocí que era Jesús. Él después tomó mi mano y me dejó a puertas cerradas en medio de mi casa; luego me llevó a mi lecho y me dijo: La paz sea contigo. A continuación me dio un ósculo, diciéndome: Hasta dentro de cuarenta días no salgas de tu casa; pues he aquí que me voy a Galilea al encuentro de mis hermanos».

XVI

1. Cuando oyeron los archisinagogos, sacerdotes y levitas estas palabras de labios de José, quedaron como muertos y cayeron en tierra. Y ayunaron hasta la hora de nona. Entonces Nicodemo, en compañía de José, se puso a animar a Anás y Caifás, a los sacerdotes y a los levitas, diciendo: «Levantaos, poneos sobre vuestros pies y robusteced vuestras almas, pues mañana es el sábado del Señor». Y con esto se levantaron, hicieron oración a Dios, comieron, bebieron y cada cual se marchó a su casa.

2. El sábado siguiente se reunieron en consejo nuestros doctores, así como los sacerdotes y levitas, discutiendo entre sí y diciendo: «¿Qué es esta cólera que se ha cernido sobre nosotros? Porque por nuestra parte conocemos bien a su padre y a su madre». Dijo entonces Leví, doctor: «Conozco a sus padres y sé que son temerosos de Dios, que no descuidan sus votos y que dan tres veces al año sus diezmos. Cuando nació Jesús, le trajeron a este lugar y ofrecieron a Dios sacrificios y holocaustos, y el gran doctor Simeón, al tomarle en sus brazos, dijo: Ahora despides en paz a tu siervo, Señor, según tu palabra; pues mis ojos han visto tu salvación, que has preparado a la faz de todos los pueblos; luz para la revelación de los gentiles y

gloria de tu pueblo de Israel. Y les bendijo Simeón y dijo a María, su madre: Te doy buenas nuevas con relación a este niño. Dijo María: ¿Buenas, señor? Y respondió Simeón: Buenas; mira, éste está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel y para ser signo de contradicción. Tu misma alma será traspasada por una espada de manera que queden al descubierto los pensamientos de muchos».

3. Dijeron entonces a Leví, doctor: «¿Cómo sabes tú esto?» Él respondió: «¿No sabéis que aprendí de sus labios la ley?» Dijeron los del consejo: «Queremos ver a tu padre». E hicieron llamar a su padre. Y, cuando le hubieron interrogado, él respondió: «¿Por qué no habéis dado crédito a mi hijo? El bienaventurado y justo Simeón en persona le enseñó la ley». Y dijo el consejo: «Maestro Leví, ¿es verdad lo que has dicho?» Él respondió: «Verdad es». Y dijeron entre sí los archisinagogos, sacerdotes y levitas: «¡Ea!, enviemos a Galilea por los tres varones que vinieron a darnos cuenta de su doctrina y de su ascensión, y que nos digan de qué manera le vieron ser asumido». Y fue del agrado de todos esta proposición. Enviaron, pues, a los tres varones que les habían acompañado anteriormente a Galilea con este encargo: «Decid al maestro Adas, al maestro Finees y al maestro Ageo: Paz a vosotros y a los que están en vuestra compañía. Habiéndose tenido una gran discusión en el consejo, hemos sido enviados a vosotros para citaros a este lugar santo de Jerusalén».

4. Pusiéronse, pues, los hombres camino de Galilea y los encontraron sentados y sumidos en el estudio de la ley. Y les dieron un abrazo de paz. Dijeron entonces los varones galileos a los que habían ido en su busca: «Paz sobre todo Israel». Y dijeron [los enviados]: «Paz a vosotros». Y dijeron aquéllos de nuevo: «¿Cómo es que habéis venido?» Respondieron los enviados: «Os llama el consejo a la santa ciudad de Jerusalén». Cuando oyeron aquellos hombres que eran buscados por el consejo, hicieron oración a Dios, se sentaron a la mesa con los enviados, comieron, bebieron, se levantaron y se pusieron tranquilamente en marcha hacia Jerusalén.

5. Al día siguiente se reunió el consejo en la sinagoga y les interrogaron diciendo: «¿Es verdad que visteis a Jesús sentado en el monte Mamilch dando instrucciones a sus once discípulos y que presenciasteis su ascensión?» Y los hombres respondieron de esta manera: «De la misma manera que le vimos al ser asumido, así hemos hablado».

6. Dijo entonces Anás: «Ponedlos aparte uno de otro y veamos si coinciden sus declaraciones». Y los separaron. Después llamaron a

Adas en primer lugar y le dijeron: «Maestro, ¿cómo contemplaste la ascensión de Jesús?» Respondió Adas: «Mientras estaba todavía sentado en el monte Mamilch y daba instrucciones a sus discípulos, vimos una nube que cubrió a todos con su sombra; después la misma nube elevó a Jesús al cielo, mientras los discípulos yacían con su faz en tierra». Luego llamaron a Finees, sacerdote, y le preguntaron asimismo: «¿Cómo contemplaste la ascensión de Jesús?» Y él habló de manera semejante. Interrogaron también a Ageo y contestó de manera semejante. Entonces dijo el consejo: «Está contenido en la ley de Moisés: Sobre la boca de dos o tres estará firme toda palabra». Y añadió el maestro Buthem: «Está escrito en la ley. Y paseaba Henoc con Dios, y ya no existe, porque Dios lo tomó consigo». Dijo asimismo el maestro Jairo: «También oímos hablar de la muerte de Moisés, mas a él no le vimos, pues está escrito en la ley del Señor: Y murió Moisés por la palabra del Señor y nadie ha conocido jamás, hasta el día de hoy, su sepulcro». Y el maestro Leví dijo: «¿Y qué significa el testimonio que dio el maestro Simeón cuando vio a Jesús: He aquí que éste está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel y como signo de contradicción?» Y el maestro Isaac dijo: «Está escrito en la ley: He aquí que yo envío mi mensajero ante ti, el cual te irá precediendo para guardarte en todo camino bueno, pues mi nombre es invocado en él».

7. Entonces dijeron Anás y Caifás: «Justamente habéis citado lo escrito en la ley de Moisés, que nadie vio la muerte de Henoc y que nadie mencionó la muerte de Moisés. Mas Jesús habló a Pilato, y [nosotros sabemos] que le hemos visto recibir bofetadas y esputos en su cara; que los soldados le ciñeron una corona de espinas; que fue flagelado; que recibió sentencia de parte de Pilato; que fue crucificado en el Calvario en compañía de dos ladrones; que se le dio a beber hiel y vinagre; que el soldado Longinos abrió su costado con una lanza; que José, nuestro honorable padre, pidió su cuerpo y que, como dice, resucitó; que, como dicen los tres maestros, le vimos ascender al cielo; y, finalmente, que el maestro Leví ha dado testimonio de lo que dijo el maestro Simeón, y que dijo: He aquí que éste está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel y como signo de contradicción». Y dijeron todos los doctores en bloque al pueblo entero de Israel: «Si ésta [ira?] proviene del Señor y es admirable a nuestros ojos, conoced sin lugar a dudas, ¡oh casa de Israel!, que está escrito: Maldito todo el que pende de un madero. Y otro lugar de la Escritura dice: Dioses que no hicieron el cielo y la tierra

perecerán». Y dijeron los sacerdotes y levitas entre sí: «Si dura su memoria hasta Sommos (por otro nombre Jobel), sabed que su dominio será eterno y que suscitará para sí un pueblo nuevo». Entonces los archisinagogos, sacerdotes y levitas exhortaron a todo el pueblo de Israel, diciendo: «Maldito aquel que adore obra alguna salida de manos humanas y maldito aquel que adore las criaturas al lado del Creador». Y el pueblo en masa contestó: «Amén, amén».

8. Después la multitud entonó un himno al Señor en esta forma: «Bendito el Señor, que proporcionó descanso al pueblo de Israel en conformidad con lo que tenía prometido; no cayó en el vacío ni una sola de todas las cosas buenas que dijo a su siervo Moisés. Siga a nuestro lado el Señor nuestro Dios de la misma manera que estaba al lado de nuestros padres. No nos entregue a la perdición para que podamos inclinar nuestro corazón hacia Él, para que podamos seguir todos sus caminos y para que podamos practicar los preceptos y criterios que inculcó a nuestros padres. En aquel día el Señor será rey sobre toda la tierra. No habrá otro a su lado; su nombre será únicamente Señor, rey nuestro. Él nos salvará. No hay semejante a ti, Señor; grande eres, Señor, y grande tu nombre. Cúranos por tu virtud y seremos curados; sálvanos, Señor, y seremos salvos, pues somos tu partecita y tu heredad. No abandonará jamás el Señor a su pueblo por la magnitud de su nombre, pues ha comenzado a hacer de nosotros su pueblo».

Y, después de cantar el himno todos a coro, se marchó cada cual a su casa alabando a Dios, porque su gloria permanece por los siglos de los siglos. Amén.

PARTE II

DESCENDIMIENTO DE CRISTO A LOS INFIERNOS
(red. griega)

I (XVII)

1. Dijo entonces José: «¿Y por qué os admiráis de que Jesús haya resucitado? Lo admirable no es esto; lo admirable es que no ha resucitado él solo, sino que ha devuelto a la vida a gran número de muertos, los cuales se han dejado ver de muchos en Jerusalén. Y si no conocéis a los otros, sí que conocéis por lo menos a Simeón,

aquel que tomó a Jesús en sus brazos, así como también a sus dos hijos, que han sido igualmente resucitados. Pues a éstos les dimos nosotros sepultura hace poco, y ahora se pueden contemplar sus sepulcros abiertos y vacíos, mientras ellos están vivos y habitan en Arimatea». Enviaron, pues, a unos cuantos y comprobaron que los sepulcros estaban abiertos y vacíos. Dijo entonces José: «Vayamos a Arimatea a ver si les encontramos».

2. Y levantándose los pontífices, Anás, Caifás, José, Nicodemo, Gamaliel y otros en su compañía, marcharon a Arimatea, donde encontraron a aquellos a quienes se refería José. Hicieron, pues, oración y se abrazaron mutuamente. Después regresaron a Jerusalén en compañía de ellos y los llevaron a la sinagoga. Y, puestos allí, se aseguraron las puertas, se colocó el Antiguo Testamento de los judíos en el centro y les dijeron los pontífices: «Queremos que juréis por el Dios de Israel y por Adonai, para que así digáis la verdad, de cómo habéis resucitado y quién es el que os ha sacado de entre los muertos».

3. Cuando esto oyeron los resucitados, hicieron sobre sus rostros la señal de la cruz y dijeron a los pontífices: «Dadnos papel, tinta y pluma». Trajéronselo, pues, y, sentándose, escribieron de esta manera.

II (XVIII)

1. «¡Oh Señor Jesucristo, resurrección y vida del mundo!, danos gracia para hacer el relato de tu resurrección y de las maravillas que obraste en el infierno. Estábamos, pues, nosotros en el infierno en compañía de todos los que habían muerto desde el principio. Y a la hora de medianoche amaneció en aquellas oscuridades algo así como la luz del sol, y con su brillo fuimos todos iluminados y pudimos vernos unos a otros. Y al instante nuestro padre Abrahán, los patriarcas y profetas y todos a una se llenaron de regocijo y dijeron entre sí: Esta luz proviene de un gran resplandor. Entonces el profeta Isaías, presente allí, dijo: Esta luz procede del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; sobre ella profeticé yo, cuando aún estaba en la tierra, de esta manera: Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, el pueblo que estaba sumido en las tinieblas vio una gran luz.

2. Después salió al medio un asceta del desierto, y le preguntaron los patriarcas: ¿Quién eres? Él respondió: Yo soy Juan, el último de los profetas, el que enderecé los caminos del Hijo de Dios y pre-

diqué penitencia al pueblo para remisión de los pecados. El Hijo de Dios vino a mi encuentro y, al verle desde lejos, dije al pueblo: He aquí el cordero de Dios, el que borra el pecado del mundo. Y con mi propia mano le bauticé en el río Jordán y vi al Espíritu Santo en forma de paloma que descendía sobre Él. Y oí asimismo la voz de Dios Padre, que decía así: Éste es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido. Y por esto mismo me envió también a vosotros, para anunciaros la llegada del Hijo de Dios unigénito a este lugar, a fin de que quien crea en Él, sea salvo, y quien no crea, sea condenado. Por esto os recomiendo a todos vosotros que, en cuanto le veáis, le adoréis a una, porque ésta es la única oportunidad de que disponéis para hacer penitencia por el culto que rendisteis a los ídolos mientras vivíais en el mundo vano de antes y por los pecados que cometisteis; esto no podrá hacerse ya en otra ocasión.

III (XIX)

Al oír el primero de los creados y padre de todos, Adán, la instrucción que estaba dando Juan a los que se encontraban en el infierno, dijo a su hijo Set: Hijo mío, quiero que digas a los progenitores del género humano y a los profetas a dónde te envié yo cuando caí en trance de muerte. Set dijo: Profetas y patriarcas, escuchad: Mi padre Adán, el primero de los creados, cayó una vez en peligro de muerte y me envió a hacer oración a Dios muy cerca de la puerta del paraíso, para que se dignara hacerme llegar por medio de un ángel hasta el árbol de la misericordia, de donde había de tomar óleo para ungir con él a mi padre y así pudiera éste reponerse de su enfermedad. Así lo hice. Y, después de hacer mi oración, vino un ángel del Señor y me dijo: ¿Qué es lo que pides, Set? ¿Buscas el óleo que cura a los enfermos o bien el árbol que lo destila, para la enfermedad de tu padre? Esto no se puede encontrar ahora. Vete, pues, y di a tu padre que después de cinco mil quinientos años, a partir de la creación del mundo, ha de bajar el Hijo de Dios humanado; Él se encargará de ungirle con este óleo, y tu padre se levantará; y además le purificará, tanto a él como a sus descendientes, con agua y con el Espíritu Santo; entonces sí que se verá curado de toda enfermedad, pero por ahora esto es imposible.

Los patriarcas y profetas que oyeron esto se alegraron grandemente.

IV (XX)

1. Y, mientras estaban todos regocijándose de esta manera, vino Satán, el heredero de las tinieblas, y dijo al infierno: ¡Oh tú, devorador insaciable de todos!, oye mis palabras: Anda por ahí cierto judío, por nombre Jesús, que se llama a sí mismo Hijo de Dios; mas, como es un puro hombre, los judíos le dieron muerte de cruz gracias a nuestra cooperación. Ahora, pues, que acaba de morir, estate preparado para que podamos ponerle aquí a buen recaudo; pues yo sé que no es más que un hombre, y hasta le oí decir: Mi alma está muy triste hasta la muerte. Sábete, además, que a mí me causó muchos daños en el mundo mientras vivía con los mortales; pues dondequiera que encontrase a mis siervos, los perseguía; y a todos los hombres que yo dejaba mutilados, ciegos, cojos, leprosos o cosa parecida, él los curaba con sola su palabra; e incluso a muchos, a los que yo tenía ya dispuestos para la sepultura, les hacía revivir con sola su palabra.

2. Dijo entonces el Infierno: ¿Y tan poderoso es éste como para hacer tales cosas con sola su palabra? ¿Y, siendo él así, tú te atreves por ventura a hacerle frente? Yo creo que a uno como éste nadie podrá oponérsele. Y eso que dices haberle oído exclamar expresando su temor ante la muerte, lo dijo, sin duda, para reírse y burlarse de ti, con el fin de poderte echar el guante con mano poderosa. Y entonces, ¡ay!, ¡ay de ti por toda la eternidad! A lo que replicó Satán: ¡Oh infierno, devorador insaciable de todos!, ¿tanto miedo has cobrado al oír hablar de nuestro común enemigo? Yo no le tuve nunca miedo, sino que azucé a los judíos, y éstos le crucificaron y le dieron a beber hiel con vinagre. Prepárate, pues, para que, cuando venga, le sujetes fuertemente.

3. Respondió el Infierno: Heredero de las tinieblas, hijo de la perdición, calumniador, acabas de decirme que él hacía revivir con una sola palabra a muchos de los que tú tenías preparados para la sepultura; si, pues, él ha librado a otros del sepulcro, ¿cómo y con qué fuerzas seremos capaces de sujetarle nosotros? Hace poco devoré yo a un difunto llamado Lázaro; pero, poco después, uno de los vivos con sola su palabra lo arrancó a viva fuerza de mis entrañas. Y pienso que éste es ese a quien tú te refieres. Si, pues, lo recibimos aquí, tengo miedo de que peligremos también con relación a los demás, porque has de saber que veo agitados a todos los que tengo devorados desde el principio y siento dolores en mi vientre. Y Lázaro, el que me ha sido anteriormente arrebatado, no es un buen presagio,

pues voló lejos de mi, no como un muerto, sino como un águila: tan rápidamente le arrojó fuera la tierra. Así pues, te conjuro, por tus artes y por las mías, no le traigas aquí. Para mí que el haberse presentado en nuestra mansión obedece a que todos los muertos pecaron. Y ten esto en cuenta, por las tinieblas que poseemos, que, si le traes aquí, no me quedará ni uno solo de los muertos.

V (XXI)

1. Mientras se decían entre sí tales cosas Satanás y el Infierno, se produjo una voz grande como un trueno, que decía: "Elevad, ¡oh príncipes!, vuestras puertas; elevaos, ¡oh puertas eternales!, y entrará el Rey de la gloria". Cuando esto oyó el Infierno, dijo a Satanás: Sal, si eres capaz, y hazle frente. Y salió fuera Satanás. Después dijo el Infierno a sus demonios: Asegurad bien y fuertemente las puertas de bronce y los cerrojos de hierro; guardad mis cerraduras y examinad todo de pie, pues, si entra él aquí, ¡ay!, se apoderará de nosotros.

2. Los progenitores, que oyeron esto, empezaron a hacerle burla, diciendo: Tragón insaciable, abre para que entre el Rey de la gloria. Y dijo el profeta David: ¿No sabes, ciego, que, estando yo aún en el mundo, hice esta profecía: "Elevad, ¡oh príncipes, vuestras puertas!?" Isaías dijo a su vez: "Yo, previendo esto por virtud del Espíritu Santo, escribí: Resucitarán los muertos y se levantarán los que están en los sepulcros y se alegrarán los que viven en la tierra"; y, ¿dónde está, ¡oh muerte!, tu aguijón? ¿Dónde, Infierno, tu victoria?

3. Vino, pues, de nuevo una voz que decía: Levantad las puertas. El Infierno, que oyó repetir esta voz, dijo como si no cayera en la cuenta: ¿Quién es este Rey de la gloria? Y respondieron los ángeles del Señor: El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla. Y al instante, al conjuro de esta voz, las puertas de bronce se hicieron añicos, y los cerrojos de hierro quedaron reducidos a pedazos, y todos los difuntos encadenados se vieron libres de sus ligaduras, y nosotros entre ellos. Y penetró dentro el Rey de la gloria en figura humana, y todos los antros oscuros del Infierno fueron iluminados.

VI (XXII)

1. En seguida se puso a gritar el Infierno: Hemos sido vencidos, ¡ay de nosotros! Pero ¿quién eres tú, que tienes tal poder y tal fuerza? ¿Quien eres tú, que vienes aquí sin pecado? ¿El que es pequeño en apariencia y puede cosas grandes, el humilde y el excelso, el siervo y el señor, el soldado y el rey, el que tiene poder sobre vivos y muertos? Fuiste pegado a la cruz y depositado en el sepulcro, y ahora has quedado libre y has deshecho nuestra fuerza. ¿Luego entonces eres tú Jesús, de quien nos decía el gran sátrapa Satanás que por la cruz y la muerte ibas a hacerte dueño de todo el mundo?

2. Luego el Rey de la gloria agarró por la coronilla al gran sátrapa Satanás y se lo entregó a los ángeles, diciendo: Atadle con cadenas de hierro sus manos y sus pies, su cuello y su boca. Después lo puso en manos del Infierno con este encargo: Tómalo y tenlo a buen recaudo hasta mi segunda venida.

VII (XXIII)

Entonces el Infierno se hizo cargo de Satanás y le dijo: Beelzebú, heredero del fuego y del tormento, enemigo de los santos, ¿qué necesidad tenías tú de proveer que el Rey de la gloria fuera crucificado para que viniera luego aquí y nos despojara? Date la vuelta y mira que no ha quedado en mí muerto alguno, sino que todo lo que ganaste por el árbol de la ciencia lo has echado a perder por la cruz. Todo tu gozo se ha convertido en tristeza, y la pretensión de matar al Rey de la gloria te ha acarreado a ti mismo la muerte. Y, puesto que te he recibido con el encargo de sujetarte fuertemente, vas a aprender por propia experiencia cuántos males soy capaz de infligirte. ¡Oh jefe de los diablos, principio de la muerte, raíz del pecado, fin de toda maldad!, ¿qué habías encontrado de malo en Jesús para buscar su perdición? ¿Cómo tuviste valor para perpetrar un crimen tan grande? ¿Por qué se te ocurrió hacer bajar a estas tinieblas a un varón como éste, por quien te has visto despojado de todos los que habían muerto desde el principio?

VIII (XXIV)

1. Mientras así apostrofaba el Infierno a Satanás, extendió su diestra el Rey de la gloria y con ella tomó y levantó al primer padre Adán. Después se volvió hacia los demás y les dijo: Venid aquí conmigo todos los que fuisteis heridos de muerte por el madero que éste tocó, pues he aquí que yo os resucito a todos por el madero de la cruz. Y con esto sacó a todos fuera. Y el primer padre Adán apareció rebosante de gozo y decía: Agradezco, Señor, a tu magnanimidad el que me hayas sacado de lo más profundo del Infierno. Y asimismo todos los profetas y santos dijeron: Te damos gracias, ¡oh Cristo Salvador del mundo!, porque has sacado nuestra vida de la corrupción.

2. Después que ellos hubieron hablado así, bendijo el Salvador a Adán en la frente con la señal de la cruz. Luego hizo lo mismo con los patriarcas, profetas, mártires y progenitores. Y a continuación les tomó a todos y dio un salto desde el infierno. Y mientras Él caminaba, le seguían los santos padres cantando y diciendo: Bendito el que viene en el nombre del Señor. Aleluya. Para Él sea la alabanza de todos los santos.

IX (XXV)

Iba, pues, camino del paraíso teniendo asido de la mano al primer padre, a Adán. [Y al llegar] hizo entrega de él, así como también de los demás justos, al arcángel Miguel. Y cuando entraron por la puerta del paraíso, les salieron al paso dos ancianos, a los que los santos padres preguntaron: ¿Quiénes sois vosotros, que no habéis visto la muerte ni habéis bajado al infierno, sino que vivís en cuerpo y alma en el paraíso? Uno de ellos respondió y dijo: Yo soy Henoc, el que agradó al Señor y a quien Él trasladó aquí; éste es Elías el Tesbita; ambos vamos a seguir viviendo hasta la consumación de los siglos; entonces seremos enviados por Dios para hacer frente al anticristo, y ser muertos por él, y resucitar a los tres días, y ser arrebatados en las nubes al encuentro del Señor.

X (XXVI)

Mientras éstos se expresaban así, vino otro hombre de apariencia humilde, que llevaba además sobre sus hombros una cruz. Le dijeron los santos padres: ¿Quién eres tú, que tienes aspecto de ladrón, y qué es esa cruz que llevas sobre tus hombros? Él respondió: Yo, según decís, era ladrón y salteador en el mundo, y por eso me detuvieron los judíos y me entregaron a la muerte de cruz juntamente con Nuestro Señor Jesucristo. Y mientras estaba Él pendiente de la cruz, al ver los prodigios que se realizaban, creí en Él y le rogué, diciendo: Señor, cuando reinares, no te olvides de mí. Y Él me dijo en seguida: De verdad, de verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso. He venido, pues, con mi cruz a cuestas hasta el paraíso y, encontrando al arcángel Miguel, le he dicho: Nuestro Señor Jesús, el que fue crucificado, me ha enviado aquí; llévame, pues, a la puerta del Edén. Y cuando la espada de fuego vio la señal de la cruz, me abrió y entré. Después me dijo el arcángel: Espera un momento, pues viene también el primer padre de la raza humana, Adán, en compañía de los justos, para que entren también ellos dentro. Y ahora, al veros a vosotros, he salido a vuestro encuentro. Cuando esto oyeron los santos, clamaron con gran voz de esta manera: Grande es el Señor nuestro y grande es su poder.

XI (XXVII)

Todo esto vimos y oímos nosotros, los dos hermanos carnales, quienes fuimos asimismo enviados por el arcángel Miguel y designados para predicar la resurrección del Señor antes de marchar al Jordán y ser bautizados. Allí nos fuimos y hemos sido bautizados juntamente con otros difuntos también resucitados; después vinimos a Jerusalén y celebramos la Pascua de la resurrección. Mas ahora, en la imposibilidad de permanecer aquí, nos vamos. Que la caridad, pues, de Dios Padre y la gracia de Nuestro Señor Jesucristo y la comunicación del Espíritu Santo sean con todos vosotros».

Y una vez escrito esto y cerrados los libros, dieron la mitad a los pontífices y la otra mitad a José y a Nicodemo. Ellos, por su parte, desaparecieron al momento para gloria de Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

DESCENDIMIENTO DE CRISTO A LOS INFIERNOS
(red. latina B)

I (XVII)

1. Entonces los maestros Adas, Finees y Egias, tres varones que habían venido de Galilea para testificar que habían visto a Jesús ser arrebatado al cielo, se levantaron en medio de la multitud de jefes de los judíos y dijeron en presencia de los sacerdotes y levitas reunidos en consejo: «Señores, cuando íbamos nosotros desde Galilea al Jordán, nos salió al encuentro una gran muchedumbre de hombres vestidos de blanco que habían muerto hacía algún tiempo. Entre ellos reconocimos a Karino y a Leucio; y cuando ellos se hubieron acercado a nosotros y nos dimos un ósculo mutuo, pues habían sido amigos nuestros, les preguntamos: Decidnos, hermanos y amigos, ¿qué son esta alma y este cuerpo, y quiénes son esos con quienes vais de camino, y cómo vivís en el cuerpo, siendo así que moristeis hace tiempo?»

2. Ellos respondieron de esta manera: «Hemos resucitado con Cristo desde los infiernos y Él nos ha sacado de entre los muertos. Y sabed que han quedado desde ahora destruidas las puertas de la muerte y de las tinieblas, y las almas de los santos han sido sacadas de allí y han subido al cielo con Cristo Nuestro Señor. E incluso a nosotros nos ha mandado el Señor en persona que durante cierto tiempo merodeemos por las riberas del Jordán y por los montes, sin que, no obstante, nos dejemos ver de todos ni hablemos con todos, sino sólo con aquellos a quienes a Él pluguiere. Ahora mismo no nos hubiera sido posible ni hablar ni dejarnos ver de vosotros si no nos hubiera sido permitido por el Espíritu Santo».

3. Ante estas palabras, la multitud entera que asistía al consejo quedó sobrecogida, presa de temor y de temblor, y decían: «¿Será verdad por ventura lo que estos galileos testifican?» Entonces Anás y Caifás se dirigieron al consejo en estos términos: «En seguida se descubrirá lo relacionado con todas estas cosas de que ésos han dado testimonio antes y después: si se comprueba ser cierto que Karino y Leucio permanecen vivos unidos a sus cuerpos, y si nos es dado contemplarlos con nuestros propios ojos, entonces es que es verdad lo que éstos testifican en todos sus detalles, y, cuando los encontremos, ellos nos informarán con certeza de todo. Pero, si no, sabed que todo es pura farsa».

4. Entonces se pusieron en seguida a deliberar, y convinieron en elegir unos cuantos varones idóneos y temerosos de Dios, que conocían además cuándo habían muerto y la sepultura en que habían sido puestos, para que hicieran diligentes pesquisas y comprobaran si era en verdad tal como habían oído. Así pues, fueron allí quince varones que habían presenciado su muerte, y habían estado con su propio pie en el lugar de su sepultura, y habían visto sus sepulcros. Llegaron, pues, y encontraron éstos abiertos, así como también otros muchos, sin que pudieran ver señales de sus huesos o de sus cenizas. Y, tornando con gran prisa, refirieron lo que habían visto.

5. Entonces la sinagoga entera se turbó, presa de terrible angustia, y se dijeron entre sí: «¿Qué vamos a hacer?» Anás y Caifás dijeron: «Enviemos al lugar donde hemos oído que están una comisión formada por los personajes más nobles en plan de súplica y de ruego; quizá se dignen venir hacia nosotros». Les enviaron, pues, a Nicodemo, a José y a los tres maestros galileos que los habían visto, con la petición de que tuvieran a bien venir hacia ellos. Se pusieron, pues, en marcha y anduvieron por todos los alrededores del Jordán y de los montes. Pero, no habiéndolos encontrado, se volvían ya de camino.

6. Cuando, de pronto, se divisó una gran muchedumbre, como de unos doce mil hombres, que habían resucitado con el Señor y bajaban del monte Amalech. Ellos reconocieron allí a muchísimos, pero no fueron capaces de dirigirles una sola palabra, cohibidos como estaban por el miedo y la visión del ángel, contentándose con verles a lo lejos y oírles cómo marchaban cantando himnos y diciendo: «Ha resucitado el Señor de entre los muertos, como había dicho; alegrémonos y regocijémonos todos, porque Él reina eternamente». Entonces los comisionados quedaron mudos de admiración y recibieron de ellos el consejo de buscar a Karino y a Leucio en sus propias casas.

7. Se levantaron, pues, y se fueron a sus casas, donde los encontraron entregados a la oración. Y, entrando hasta el sitio donde estaban, cayeron con sus rostros en tierra y, luego que les saludaron, se levantaron y dijeron: «Amigos de Dios, al oír que habíais resucitado de entre los muertos, la asamblea entera de los judíos nos ha enviado a vosotros para rogaros encarecidamente que vayáis hasta ellos, de manera que podamos todos conocer las maravillas divinas que han tenido lugar a nuestro alrededor en nuestros tiempos». Ellos entonces se levantaron al momento, movidos por inspiración divina, y

vinieron en su compañía y entraron en la sinagoga. Y la asamblea de los judíos, juntamente con los sacerdotes, pusieron en sus manos los libros de la ley y les conjuraron por Dios Heloi y Dios Adonai y por la ley y los profetas de esta manera: «Decidnos cómo habéis resucitado de entre los muertos y qué son estas maravillas que han tenido lugar en nuestros tiempos, tales como nunca hemos oído decir que hayan sucedido en ningún otro tiempo. Pues habéis de saber que nuestros huesos se han quedado secos y entumecidos por el miedo y que la tierra se mueve a nuestros pies por haber puesto de acuerdo todos nuestros pechos para derramar sangre justa y santa.

8. Entonces Karino y Leucio les hicieron señas con las manos para que les dieran un rollo de papel y tinta. Y lo hicieron así porque el Espíritu Santo no les permitió hablar con ellos. Éstos les dieron el papel a cada uno y les separaron entre sí en distintos compartimientos. Y ellos entonces, después de hacer con sus dedos la señal de la cruz, empezaron a escribir cada uno su propio rollo. Y, cuando hubieron terminado, exclamaron a una voz desde sus propios compartimientos: «Amén». Luego se levantó Karino y dio su papel a Anás, mientras que Leucio hizo lo mismo con Caifás. Y, después de despedirse mutuamente, salieron y se volvieron a sus sepulcros.

9. Entonces Anás y Caifás abrieron un volumen y empezó cada uno a leer en secreto. Pero, llevándolo a mal todo el pueblo, exclamaron todos a una: «Leednos estos escritos en alta voz, y, después de que hayan sido leídos, nosotros los conservaremos, no sea quizá que la verdad divina sea adulterada por individuos inmundos y falaces, llevados de su obcecación». Entonces Anás y Caifás, llenos de temblor, entregaron el volumen de papel al maestro Adas, al maestro Finees y al maestro Egias, que habían venido de Galilea con la noticia de que Jesús había sido asumido al cielo; y todo el pueblo se fió de ellos para que leyeran este escrito. Y leyeron el papel, que contenía lo siguiente:

II (XVIII)

1. «¡Oh Señor Jesucristo!, permíteme a mí, Karino, que exponga las maravillas que obraste en los infiernos. Mientras nos encontrábamos nosotros detenidos en los infiernos, sumidos en las tinieblas y en las sombras de la muerte, nos sentimos iluminados de repente por una gran luz y se estremeció el infierno y las puertas de la muer-

te. Entonces se dejó oír la voz del Hijo del Altísimo, como si fuera la voz de un gran trueno, el cual, dando un fuerte grito, dijo: Dejad correr, ¡oh príncipes!, vuestras puertas; elevad las puertas de la eternidad, pues sabed que Cristo Señor, Rey de la gloria, va a venir para entrar.

2. Entonces acudió Satanás, el príncipe de la muerte, huyendo aterrorizado, para decir a sus satélites y a los infiernos: Ministros míos e infiernos todos, venid todos aquí, cerrad vuestras puertas, echad los cerrojos de hierro, luchad con denuedo y resistid, no sea que, siendo dueños de las cadenas, vayamos a quedar presos de ellas. Entonces se pusieron en conmoción todos sus impíos satélites y se dieron prisa a cerrar las puertas de la muerte, y a ir asegurando las cerraduras y los cerrojos de hierro, y a empuñar con entereza sus armas todas, y a lanzar alaridos con voz dura y terrible en extremo.

III (XIX)

1. Entonces Satanás dijo al Infierno: Prepárate para recibir a uno que voy a traerte. Mas el Infierno respondió así a Satanás: Esta voz no ha sido otra cosa sino el grito del Hijo del Padre Altísimo, pues a su conjuro la tierra y los lugares del infierno se han puesto en conmoción; por lo cual pienso que tanto yo como mis ligaduras han quedado ahora patentes y al descubierto. Mas te conjuro, ¡oh Satanás!, cabeza de todos los males, por tu fuerza y por la mía, que no le traigas a mí, no sea que, queriendo atraparle, seamos nosotros atrapados por él. Pues si con sola su voz mi fortaleza ha quedado de tal manera deshecha, ¿qué piensas ha de hacer cuando venga su presencia?

2. Satanás, por su parte, el príncipe de la muerte, le respondió así: ¿Por qué gritas? No tengas miedo, perversísimo amigo de antaño, porque yo he sido quien ha concitado contra él al pueblo de los judíos y gracias a mí ha sido herido con bofetadas, y yo he perpetrado su traición por medio de un discípulo suyo. Además, es un hombre muy temeroso ante la muerte, puesto que, dejándose oprimir por la fuerza del temor, ha dicho: Triste está mi alma hasta la muerte. Y yo mismo le he traído hasta ella, pues ahora está colgado, pendiente de la cruz.

3. Entonces le dijo el Infierno: Si es Él quien con sola la voz de su imperio ha hecho volar de mis entrañas como un águila a Lázaro,

muerto ya de cuatro días, ése no es un hombre en su humanidad, sino Dios en su majestad. Te suplico, pues, que no me lo traigas aquí. Repuso Satanás: Prepárate, no obstante; no tengas miedo. Ahora que ya está pendiente de la cruz, no puedo hacer otra cosa. Entonces el Infierno respondió de esta manera a Satanás: Si, pues, no eres capaz de hacer otra cosa, está ya cercana tu perdición. En último término, yo quedaré, sí, derribado y sin honor, pero tú estarás entre tormentos sujeto a mi dominio.

IV (XX)

1. Mientras tanto, los santos de Dios estaban escuchando la disputa entre Satanás y el Infierno. Ellos no se reconocían aún entre sí, pero estaban a punto de empezar a reconocerse. Y nuestro padre Adán respondió así, por su parte, a Satanás: ¡Oh príncipe de la muerte!, ¿por qué estás lleno de miedo y de temblor? Mira, va a venir el Señor y va a destruir ahora mismo todas tus criaturas, y tú vas a ser atado por Él y quedarás hecho cautivo por toda la eternidad.

2. Entonces todos los santos, al oír la voz de nuestro padre Adán y ver con qué entereza respondía a Satanás, se alegraron y se sintieron confortados; luego echaron a correr en masa al lado de Adán y se reunieron junto a él. Y nuestro padre Adán, al mirar con más atención toda aquella multitud, se admiraba de que todos hubieran sido engendrados por él en este mundo. Y luego, después de abrazar a todos los que estaban a su alrededor, dijo, derramando lágrimas amarguísimas, a su hijo Set: Cuenta, hijo mío Set, a los santos patriarcas y profetas lo que te dijo el guardián del paraíso cuando caí enfermo y te envié para que me trajeras un poco del óleo mismo de la misericordia y me ungieras con él.

3. Y Set dijo: Cuando me enviaste a la puerta del paraíso, oré y rogué al Señor con lágrimas y llamé al guardián del paraíso para que me diera algo de este óleo. Entonces salió el arcángel Miguel y me dijo: Set, ¿por qué lloras? Sábete de antemano que tu padre Adán no recibirá de este óleo de misericordia sino después de muchas generaciones del mundo. Pues descenderá a éste desde el cielo el Hijo de Dios y será bautizado por Juan en el río Jordán; entonces participará de este óleo de misericordia tu padre Adán, al igual que todos los que crean en él; y el reino de estos últimos permanecerá por los siglos.

V (XXI)

1. Cuando esto oyeron todos los santos, se llenaron nuevamente de gozo, y uno de ellos allí presente, llamado Isaías, exclamó a grandes voces: Padre Adán y todos los que estáis presentes, escuchad mis palabras: Mientras vivía en la tierra, inspirado por el Espíritu Santo, compuse un cántico profético acerca de esta luz, diciendo: El pueblo que estaba sentado en las tinieblas vio una gran luz; a los que habitaban en la región de las sombras de la muerte les amaneció un resplandor. Al oír esto, se volvió Adán, así como todos los circunstantes, y le preguntó: ¿Tú quién eres? Porque es verdad lo que estás diciendo; y él respondió: Yo me llamo Isaías.

2. Entonces apareció a su lado otro personaje con aspecto de anacoreta. Y le preguntaron diciendo: ¿Quién eres tú, que llevas tales señales en tu cuerpo? Y él respondió con entereza: Yo soy Juan el Bautista, la voz y el profeta del Altísimo. Yo caminé ante la faz del mismo Señor para convertir los desiertos y los caminos ásperos en sendas llanas. Yo señalé con mi dedo a los jerosolimitanos y glorifiqué al cordero del Señor y al Hijo de Dios. Yo le bauticé en el río Jordán y pude oír la voz del Padre que tronaba desde el cielo sobre él y proclamaba: Éste es mi Hijo amado, en el que me he complacido. Yo mismo recibí también promesa suya de que ha de bajar a los infiernos.

El padre Adán, que oyó esto, exclamó con gran voz (repitiéndolo una y otra vez): Aleluya, que significa: El Señor está llegando.

VI (XXII)

1. Después otro de los presentes, que se distinguía por una especie de insignia imperial, llamado David, se puso a dar voces, diciendo: Yo, viviendo aún en la tierra, revelé al pueblo los arcanos de la misericordia de Dios y su visitación por parte de éste, profetizando los gozos futuros que habían de venir pasando los siglos, de esta manera: Den gloria a Dios sus misericordias y sus maravillas a los hijos de los hombres, porque ha despedazado las puertas de bronce y ha roto los cerrojos de hierro. Entonces los santos patriarcas y profetas empezaron a reconocerse entre sí y a hablar cada uno de sus profecías. El santo profeta Jeremías, examinando las suyas, decía

a los patriarcas y profetas: Viviendo en la tierra, profeticé acerca del Hijo de Dios, que apareció en la tierra y conversó con los hombres.

2. Entonces los santos todos, llenos de alegría por la luz del Señor, por la vista del padre Adán y por la respuesta de todos los patriarcas y profetas, exclamaron diciendo: "Aleluya, bendito el que viene en el nombre del Señor", de manera que, ante su exclamación, se llenó de pavor Satanás y buscó camino para huir. Mas no le era esto posible, porque el Infierno y sus satélites le tenían sujeto y sitiado por todos lados; y le decían: ¿Por qué tiemblas? Nosotros en manera alguna te permitimos salir de aquí, sino que has de recibir esto, como bien merecido lo tienes, de manos de Aquel a quien atacabas sin cesar; y si no, sábete que vas a ser encadenado por Él y sometido a mi vigilancia.

VII (XXIII)

1. Y de nuevo resonó la voz del Hijo del Padre Altísimo, como el fragor de un gran trueno, que decía: Levantad, ¡oh príncipes!, vuestras puertas, y elevaos, ¡oh puertas eternales!, que va a entrar el Rey de la gloria. Entonces Satanás y el Infierno se pusieron a gritar de esta manera: ¿Quién es ese Rey de la gloria? Y les respondió la voz del Señor: El Señor fuerte y poderoso, el Señor fuerte en la batalla.

2. Después de oírse esta voz, vino un hombre, cuyo aspecto era como de ladrón, con una cruz a cuestas, y gritaba desde fuera diciendo: Abridme para que entre. Satanás entonces entreabrió y le introdujo en el interior del recinto, cerrando de nuevo tras él la puerta. Y le vieron todos los santos deslumbrante y le dijeron al momento: Tu aspecto exterior es de ladrón; dinos qué es eso que llevas en tus espaldas. Él respondió humildemente y dijo: En verdad que he sido todo un ladrón, y los judíos me han colgado en la cruz juntamente con mi Señor Jesucristo, Hijo del Padre Altísimo. Últimamente yo me he adelantado, pero Él viene inmediatamente tras de mí.

3. Entonces el santo David montó en cólera contra Satanás y clamó fuertemente: Abre, asqueroso, tus puertas para que entre el Rey de la gloria. Y asimismo todos los santos de Dios se levantaban de igual manera contra Satanás y querían echarle mano y dividírselo entre sí. Y de nuevo se oyó gritar desde dentro: Alzad, ¡oh príncipes!, vuestras puertas, y elevaos, ¡oh puertas eternales!, que va a entrar el Rey de la gloria. Y preguntaron de nuevo el Infierno y Satanás

a aquella voz clara, diciendo: ¿Quién es este Rey de la gloria? Y respondió aquella voz admirable: El Señor de las virtudes, Él es el Rey de la gloria.

VIII (XXIV)

Y al momento el Infierno se puso a temblar, y las puertas de la muerte, así como las cerraduras, quedaron desmenuzadas, y los cerrojos del Infierno se rompieron y cayeron al suelo, quedando todas las cosas al descubierto. Satanás quedó en medio y estaba de pie confuso y descaecido, amarrados sus pies con grillos. Y he aquí que el Señor Jesucristo vino rodeado de claridad excelsa, manso, grande y humilde, llevando en sus manos una cadena; con ella ató el cuello de Satanás y, después de ligar de nuevo sus manos por detrás, le arrojó de espaldas al tártaro y le puso su santo pie en la garganta, diciendo: Muchas cosas malas hiciste en el decurso de muchos siglos; no te diste reposo alguno; hoy te entrego al fuego eterno. Y, llamando de nuevo al Infierno, le dijo con voz de mando: Toma a este pésimo y perverso en grado extremo y tenle bajo tu vigilancia hasta el día que yo te mande. Y, haciéndose cargo de él, se hundió bajo los pies del Señor en lo profundo del abismo.

IX (XXV)

1. Entonces Nuestro Señor Jesucristo, Salvador de todos, piadosísimo y suavísimo, saludando de nuevo a Adán, le decía benignamente: La paz sea contigo, Adán, en compañía de tus hijos por los siglos sempiternos. Amén. Y el padre Adán se echó entonces a los pies del Señor y, levantándose de nuevo, besó sus manos y derramó abundantes lágrimas diciendo: Ved las manos que me hicieron, dando testimonio a todos. Luego se dirigió al Señor, diciendo: Viniste, ¡oh Rey de la gloria!, para librar a los hombres y agregarlos a tu reino eterno. Y nuestra madre Eva cayó de manera semejante a los pies del Señor y, levantándose de nuevo, besó sus manos y derramó abundantes lágrimas, mientras decía: Ved las manos que me formaron, dando testimonio a todos.

2. Entonces todos los santos le adoraron y clamaron diciendo: Bendito el que viene en el nombre del Señor; el Señor Dios nos ha

iluminado. Así sea por todos los siglos. Aleluya por todos los siglos; alabanza, honor, virtud, gloria, porque viniste de lo alto para visitarnos. Y, cantando aleluya y regocijándose mutuamente de su gloria, acudían bajo las manos del Señor. Entonces el Salvador examinó todo detenidamente y dio un mordisco al infierno; pues, con la misma rapidez con que había arrojado una parte al tártaro, subió consigo la otra a los cielos.

X (XXVI)

Entonces todos los santos de Dios rogaron al Señor que dejase en los infiernos el signo de la santa cruz, señal de victoria, para que sus perversos ministros no consiguieran retener a ningún inculpado a quien hubiere absuelto el Señor. Y así se hizo; y puso el Señor su cruz en medio del infierno, que es señal de victoria y permanecerá por toda la eternidad.

Después salimos todos de allí en compañía del Señor, dejando a Satanás y al Infierno en el tártaro. Y se nos mandó a nosotros y a otros muchos que resucitáramos con nuestro cuerpo para dar testimonio en el mundo de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo y de lo que tuvo lugar en los infiernos.

Esto es, hermanos carísimos, lo que hemos visto y de lo que damos testimonio, después de ser conjurados por vosotros, y lo que atestigua Aquel que murió y resucitó por nosotros; porque las cosas tuvieron lugar en todos sus detalles según queda descrito».

XI (XXVII)

Y en cuanto terminó de leerse el escrito, todos los que escuchaban dieron con su faz en tierra y se pusieron a llorar amargamente, mientras golpeaban duramente sus pechos y decían a voz en grito: «¡Ay de nosotros! ¿Con qué fin, miserables, nos ha ocurrido esto? Huye Pilato, huyen Anás y Caifás, huyen los sacerdotes y levitas, huye también el pueblo de los judíos diciendo entre sollozos: ¡Ay de nosotros! Hemos derramado en tierra sangre inocente».

Así pues, durante tres días y tres noches no probaron pizca de pan ni de agua y ninguno de ellos volvió a la sinagoga. Mas al tercer día, reunido de nuevo el consejo, se leyó íntegramente el otro escrito

(el volumen de Leucio) y no se encontró en él ni más ni menos, ni siquiera con relación a una sola letra, que lo que contenía el escrito de Karino. Entonces se conmovió la sinagoga y lloraron todos durante cuarenta días y cuarenta noches, esperando de la mano de Dios la muerte y la divina venganza. Pero el Altísimo, que es todo piedad y misericordia, no los aniquiló inmediatamente para ofrecerles generosamente ocasión de arrepentirse. Pero no fueron dignos de convertirse al Señor.

Éstos son, hermanos carísimos, los testimonios de Karino y de Leucio acerca de Cristo, Hijo de Dios, y de sus santas gestas en los infiernos. Al cual demos todos alabanza y gloria por los siglos infinitos. Amén.